

## LA LEY DEL MITO EN EL ÁGORA DEL HÉROE

John Fredy Vélez Díaz

[john.velez@unad.edu.co](mailto:john.velez@unad.edu.co)

Universidad Nacional Abierta y a Distancia - UNAD

CEAD Medellín

**EDIPO.** —*Apolo era, Apolo, amigos, quién cumplió en mí estos tremendos, sí, tremendos, infortunios míos. Pero nadie los hirió con su mano sino yo, desventurado. Pues ¿qué me quedaba por ver a mí, a quien, aunque viera, nada me sería agradable de contemplar?*  
Éxodo, estrofa 2. <sup>a</sup>

Edipo es más que un héroe trágico: Es el arquetipo de lo humano demasiado humano. Más allá de la condición humana, Edipo resuelve el acertijo de la Esfinge. Su hybris es un reto a la Moira; quiere develar la verdad que oculta su pasado, en un acto de grandeza que desborda toda responsabilidad moral, en una encrucijada en la que su anhelo cognoscitivo lo acerca peligrosamente al abismo de esa incertidumbre, que tiene como límite el dolor, el sufrimiento y la muerte.

El héroe está obligado a actuar, condición inapelable de su naturaleza; pero tal obligación no es la imposición de un mecanismo externo, tampoco depende de una decisión personal, de una disposición interna, si no de la ananké que deriva de su Moira: “*Edipo. - Yo lo volveré a sacar a la luz desde el principio, ya que Febo, merecidamente, y tú, de manera que veréis también en mí, con razón, a un aliado para vengar a esta tierra al mismo tiempo que al dios. Pues no para defensa de lejanos amigos sino de mí mismo alejaré yo en persona esta mancha. El que fuera el asesino de aquél tal vez también de mí podría querer vengarse con violencia semejante. Así, pues, auxiliando a aquél me ayudo a mí mismo.*” (Sófocles, Prólogo, 1-150).

La necesidad insoslayable de cumplir el Kleos y el Kydos, la fama y la gloria, en la praxis dolorosa y destructiva que está marcada, como un predeterminismo inscrito en los metros del oráculo en el pathos del héroe: “¡Ay, Ay! Todo se ve claro. Oh luz por última vez voy a mirarte ahora. He nacido de quien no debía. He convivido con quien no debía. Y a quien no debía he matado.” Edipo, verso 1183). No hay determinismo absoluto. No hay libertad total. El héroe está ante la encrucijada. Puede juzgar y decidir; pero los dioses, el oráculo, la hierofanía, condicionan sus juicios.

El mundo Homérico revela en la hybris del héroe el camino de la tradición, que impone hamartía a su visión: “aunque tú tienes vista, no ves en qué grado de desgracia te encuentras ni dónde habitas ni con quiénes transcurre tu vida. (...) y tú que ahora ves claramente, entonces estarás en la oscuridad” (Verso 415). La até se instala en el ethos del héroe. Heráclito el oscuro es bastante claro a propósito: “Ethos antropoi daimon”, el carácter del hombre es su destino. Entre el designio divino y la decisión humana se debate la condición del héroe trágico, sumido en la hamartía que lo hace incurrir en peripecia, arethé que eventualmente lo conducirá a la praxis de su sino trágico, a la irrevocable arethé del héroe.

El Edipo Rey de Sófocles revela una variante del arquetipo del héroe trágico, que ya en Eurípides es evidente; y que marca de un modo sensible el ocaso de la tragedia. En Edipo el único determinismo es aquel que inviste su voluntad para afrontar la Moira. La astucia de la razón le muestra que los dioses tienen astucias. La hamartía es el velo que tienden los dioses sobre el ethos. Nadie quiere ser Edipo pero Edipo es el prototipo de lo humano: El héroe trágico. Edipo ha alcanzado la gloria y la fama pero ha tenido que experimentar el dolor, el sufrimiento y la muerte. Su destino expresa la más honda y extrema condición humana, porque encarna la hybris más profunda del ethos.

La patética condición del héroe está cifrada en la posibilidad de elegir el modo de llegar a lo inevitable, a la fatalidad, a la Moira. Pero éste margen de maniobra supone igualmente la posibilidad de levantar el velo de la hamartía, y escrutarse las razones del determinismo, los oscuros motivos que tras los bastidores del Kosmos, ordenan el Khaos que enfrente la hybris del héroe. La certeza íntima de la dike está impresa en la naturaleza de la ananké. Se opera el tránsito entre el héroe trágico al héroe sabio. Entre el mundo mítico de Homero al mundo clásico del logos. Sócrates cubre su rostro con la máscara de Edipo. El logos reemplaza el oráculo de Delfos. La tragedia colapsa sobre sus propias ruinas. Alcmeón en Eurípides proclama su inocencia, endilgando el matricidio al designio de Apolo. El mundo del héroe trágico se agota en sí mismo.

La conciencia de la vida y de la muerte irrumpe en la psiquis griega desde Aquiles. El héroe decide equivocarse. Sabe que la encrucijada tiene un solo camino, pero elige el de su propio destino. Aquiles como Edipo lo sabían a su modo: En su descenso al sombrío Hades en busca del adivino Tiresias, a quien quería interrogar sobre el camino de regreso a su patria Ítaca, Ulises se encuentra con Aquiles, a quien se apresura a saludar para recordarle su perenne Gloria de héroe. El sombrío Pelida responde ante la adulación con una irónica sentencia: Preferiría ser esclavo de un pobre campesino en la tierra, que ser rey en el mundo de los muertos. El héroe alcanza la visión de sí mismo en el horizonte de una tragedia que lo antecede, como una estela que debe recorrer, en el ejercicio de la virtud que encarna. Es la conciencia del determinismo trágico sub specie aeternitatis. La trasfiguración de Aquiles en la corte de Sciros alcanza la perfección de la transparencia. Las armas que insinuó Ulises tras las mercaderías de corte fueron la confirmación de la arethé del héroe. El viejo problema de la dualidad, se resuelve en el héroe que arrogante enfrenta al destino aceptándolo con libertad.

El héroe se hace hombre. La edad mítica se convierte en un oráculo indescifrable que no interesa a nadie. Es la edad Socrática en la que el logos rebate la hybris de

Edipo en el ágora de la polis. La arethé del héroe conquista la condición prometeica del saber. Esta honda transformación que experimenta el sujeto clásico, es algo que desborda en ethos del héroe, y que se instala en los resortes más íntimos de la cosmovisión Homérica, sustentando su coherencia determinista. La consciencia de las consecuencias de la praxis imprime una transformación al interior del ethos mítico, conduciéndolo a una nueva dimensión de sí, en la que la cuestión de la responsabilidad sobre los propios actos posibilita la construcción de un ámbito de autonomía que está en el origen de la razón y en el fundamento de la polis. La episteme se impone a la ananké. Este giro notable se advierte en Ulises. La astucia de la razón le permite alcanzar los designios individuales, enfrentando los designios divinos, llegando a Ítaca en cumplimiento de su inescrutable Moira. Edipo, en el ocaso de la tragedia, expresa en su hybris igual determinación, en una Ítaca epistemis, que contempló, al rasgar el velo de hamartía que ocultaba la maldición familiar. Ulises y Edipo emplearon logos para traspasar la hamartía, la fina maya, que ocultaba la verdad de sus destinos, fundados en el poder del mito. Cuestión esencial. Teatro sobre el que se representa la tragedia. El gran simulacro del poder.

Edipo hacía parte del orden del simulacro. Fundado sobre la até su hybris de héroe, Edipo juega un doble juego: El del phantasme y el de Prometeo. Sabe que pertenece al orden mítico de los simulacros del poder que lo reduce a mimesis y gesto; pero sabe que sabe, tiene consciencia del juego, y cimienta en ello la autonomía que es el presupuesto de la subjetividad clásica, que da inicio a la edad del logos. El simulacro mítico es pues una forma de la hamartía. El gesto de arrancarse los ojos, sentidos epistémicos en Aristóteles, y abandonarse a su Moira por los caminos de Colona, revela un punto de inflexión en los goznes de dos épocas, en la que el poder, que era norma absoluta, experimenta una metamorfosis, reducida a protagonista en la escena trágica. La representación suplanta los hechos, las gestas históricas de los héroes, en un nuevo simulacro, siendo en el que todos saben que están siendo sometidos a engaño. Pero el asunto del poder en el héroe trágico oculta el tema de la

ignorancia, en el cual se entronca la nomoi, la ley, que concebida a partir de la autonomía del sujeto clásico, logra convertirse en el fundamento de la polis.

La cuestión del héroe, categoría fundamental de la subjetividad clásica, puede plantearse en el contexto del mundo griego antiguo, a partir de tres grandes oposiciones: Ser y parecer (einai y pháinesthai), verdad y opinión (alétheia y doxa), y naturaleza y ley (physis y nomos). Elevar la cuestión a un nivel dialéctico significó para los griegos, la posibilidad de una comprensión a partir de un marco de referencia concebido desde el orden del logos, que pudiera interrogar el orden del simulacro mítico. Adviene la época de la demostración. La lógica se convierte en el instrumento privilegiado del logos.

En el orden de la tragedia Edipo debe demostrar con sus acciones la lógica del oráculo. Pero la consciencia de la inevitabilidad del destino demuestra a la vez que se ha operado una metamorfosis en la condición del héroe. La hybris del héroe, la potencia que extrae de la locura, es autorregulada por la consciencia trágica. Es la certidumbre que opera en el reconocimiento del orden divino de la dike, y de la participación que el hombre encarna en el horizonte inexpugnable de Moira.

Las oposiciones clásicas están en el origen de la tragedia, como simulacro e institución. La polis se convierte en síntesis formal de la consciencia trágica. Edipo pierde su condición mítica de héroe trágico y viste la máscara cívica en el orden de la nomoi y la themistes. Simulacro de un simulacro en el que el poder adopta los mecanismos de vigilancia y control de la mimesis institucionalizada del teatro trágico, operando una katarsis reglada en función al protocolo del rito dramático, para expurgar todo daimón latente en la psique. No se trata de posesión, de arrebató, de éxtasis divino; se trata de introyección de una themistes, de la implantación de nuevas relaciones de poder fundadas en la autonomía del sujeto, que la consciencia trágica del héroe ha opuesto a su propio destino aciago. El asunto del poder se revierte sobre sí mismo. El mundo mítico trasluce el principio del poder que el demos

desacraliza en rito institucional. La tragedia se hace instrumento desmitificador. Esto se advierte plenamente en el orden del discurso, que impone a la vez relaciones en el orden de los acontecimientos: el coro, al emplear el lenguaje lírico propio del héroe de la tradición, está invirtiendo en el orden del discurso las estructuras de poder, en las que el héroe, pasa a ser juzgado en el lenguaje y en el nivel del demos. La hybris del héroe es reducida por la themistes de la polis.

La consciencia griega se hace posible a partir de la ruptura de una visión del mundo representada en el mundo Homérico. La tragedia, la filosofía y la ciencia, surgen como saberes universales fundados en el logos. Las relaciones de poder enclavados en el orden ontológico de la Moira experimentan una ruptura radical a partir de un principio político, que se constituye en masa crítica en la pregunta ¿Qué es la ley? ¿Cuál es el origen y el contenido de la ley? El hombre griego se enfrenta al abismo del que había sido sustraído por la mitología. La continuidad del mundo se interrumpe abruptamente. La universalidad se metamorfosea en el rostro de la incertidumbre, que insinúa tras la máscara una transparencia absoluta, que permite ver el asombro de Narciso ante el mutismo de su propio rostro. La verdad es contemplación. Recorte en el continuun del tiempo que por esta misma condición se aleja del fluir de los acontecimientos. Por tanto es de apariencia, al phatos del origen. El logos aprehende el aspecto diacrónico de la physis. La sospecha de que la naturaleza se comporta de manera previsible y constante, es fracturada por la pregunta que pretendía develar el enigma. Parménides en el poema del ser establece la oposición clásica del pensamiento: Doxa o Aletheia.

El Ágora es escenario dialéctico. El mundo homogéneo del mito, se hace discurso metamórfico. La imagen, hija de doxa, puede multiplicarse en virtud de su condición analógica. La imagen torna a su opuesto en el círculo de repetición de la diferencia. El mito es metamorfosis en la transparencia de la imagen. La imagen oculta sus condiciones de posibilidad, remitiendo siempre a otro del cual la imagen es toda verdad. Un mito nunca afirma nada pero niega en principio. El orden del discurso

mítico que encarna el héroe trágico no tiene otro referente que el que asume como protagonista en el orden de la imagen. Ello significa sujeción a una nueva estructura del poder que presume instituirse a partir de este punto de ruptura. El *nomoi*, el *logoi*, es así mismo contingente, convencional y arbitraria. Este reconocimiento es el fundamento de la consciencia política que dirime al interior del pensamiento trágico. El problema de los límites de la propia auto constitución se impone como cuestión central. Para ello se concibe el *ágora* como espacio no institucionalizado y neutral en el cual se pueda concebir toda posibilidad de establecer un principio íntimo de determinación de límite, anterior a toda representación o imagen, e incluso a toda repartición dualista del mundo.

Se opera aquí el reconocimiento de una nueva profundidad (Castoriadis, 323). La conciencia se abisma sobre sí misma en el espacio ilímite de su propia contemplación. Es el *Kath' hautó*, de Platón. El en sí mismo y según sí mismo, encierra el reconocimiento de una universalidad. La igualdad es un vínculo de extrañezas, que encuentran la universalidad en la singularidad de la igualdad articular. La extrañeza del ser es la condición Universal. La igualdad es un vínculo de participación que entraña la universalidad en este reconocimiento recíproco.

Para el mundo clásico la necesidad de un punto de referencia absoluto era impostergable e imperiosa. La conciencia trágica derivó en disciplina jurídica. Incluso el *agón* debía ser sometido a los mecanismos de vigilancia y control del *logos*. La sincronía de la imagen invariable era interrogada por la diacronía del acontecimiento y el devenir en el ámbito de la construcción de la subjetividad clásica en la polis griega. Momento de inflexión coyuntural de la *nomoi* en cuanto instauración origina. Lo que hay en juego es la posibilidad del simulacro. La puesta en escena. Si la condición de la ley es ser establecida. La pregunta fundamental es ¿puede la ley establecerse a sí misma?

El mito se establece a sí mismo como condición de su propia ley. El logos va más allá al establecerse como condición para el establecimiento de la ley y se hace ley del mito. La verdad se hace entonces posibilidad de resolución de la oposición. Es el ágora del pensamiento en la conciencia del héroe trágico que hace avanzar los límites de su mundo hasta su negación en la conciencia del héroe pensante. Edipo Sócrates, héroe y anti héroe en una tragedia ática. El ágora es el abismo abierto en el seno de la polis: Un abismo de otro abismo. La ley a partir de la cual se instituye la polis bordea el abismo y refrena la reflexión de la polis, ante el temor y la amenaza de la caída. El ostracismo es condena a la hybris individual que encuentra su pináculo en el héroe. Es intento condenado de vender un puente sobre el abismo para atisbar sus secretos. La ley se finca en el ocultamiento del abismo que le es propio. Y es esta conciencia del abismo el fundamento de la ley, que fractura la dimensión mítica del pensamiento, imprimiendo un movimiento en la dirección del logos.

El límite interno en la autoinstitución del nuevo orden de representación del mundo se establece a partir de la conciencia de la arbitrariedad, contingencia y convención de la ley en el abismo de su naturaleza propia. Nadie logra decir que es la ley pero la conciencia de esta imposibilidad es el principio de sí misma. En el fondo la tragedia es un asunto político. La emergencia de la necesidad de un código que restablezca el orden del mundo, el equilibrio de la Moira, ante la ausencia de dioses y la marginalidad de los héroes, puestos en la palestra pública para que den cuenta de algo que ellos no son, de la carga semántica de un discurso que colapsó ante la inminencia de sus propias consecuencias. El protagonista se hace chivo expiatorio. Cordero sacrificial en un rito que no es ya hermenéutica táctica del mito, sino condición patológica de la katarsis del logos. La polis se funda en la víctima sacrificial de la ley, que se condena a sí misma para crear cultura. La reproducción diacrónica del rito garantiza la pervivencia sincrónica del sentido, en el acontecer de un simbolismo universalmente fundado en la extrañeza del ser que advierte la ilimitada significación. Se trata de un círculo hermenéutico en un sentido esencial. La

pregunta se responde a sí misma. La consciencia es un círculo vicioso que encierra su propio abismo. La autoinstitución del sujeto al interior de la polis, se detiene en la conciencia del origen de la significación como representación. Se reconoce un punto de origen común entre logos y mitoí más allá de sí mismos. Y éste punto de referencia absoluto no logra ubicarse al interior o al exterior de ambas representaciones: Un punto interno de conexión con lo otro, o un punto externo de conexión con lo otro. El ágora, como espacio institucionalizado, se ofrece, paradójicamente, en ámbito de posibilidad no institucionalizada del ejercicio de la conciencia reflexiva. La sola existencia del ágora dentro del espacio institucionalizado, se establece como contenido y principio de la ley, en tanto condición de posibilidad de auto institucionalización de la polis.

Edipo ha trasgredido el espacio mítico, que es el ágora de la tradición, al destronar a la esfinge de su enigma, clausurando el oráculo, revirtiendo los pilares del mundo, e irrumpiendo en un nuevo orden de la Moira vedada a su naturaleza. Edipo sabe que es el hombre; ahora quiere saber quien es el mismo. “Estamos hechos de manera tal que comprender o saber es ya un fin en sí mismo” (Castoriadis, 2007). Edipo es el hombre que se descubre a sí mismo como hombre al develar su propio enigma. Es el círculo que se cierra sobre sí mismo, en el restablecimiento del equilibrio interno de la hybris. En ello se advierte el principio de la nomoi. El principio de la razón suficiente de la identidad personal, en virtud de la cual la autonomía del sujeto hace posible la auto institución y el establecimiento de la polis como demos. Edipo es el principio de la polis: un héroe cultural. Su tragedia es el fundamento de la Paideia. Es la desgarradura del orden ideal, la vulneración de los límites propios de la themistes. Edipo es el paradigma de la incertidumbre que juega al azar a ganar. La otredad del demos. Como Sócrates, su alter ego, Edipo es el hombre más sabio pero a la vez el héroe más ignorante. La extraña metamorfosis que opera la representación en la diacrónica de la tragedia, se resuelve en verdad en la pregunta que sustenta la consciencia reflexiva. La interrogación que es enigma, se hace fundamento en la auto institución del sí y del para sí de la comunidad humana. Edipo

es el hombre que interroga su propia tragedia. Es el chivo expiatorio que la cultura reclama para ser en el orden ontológico de la Moira. Es la muerte del mito y el nacimiento del logos. Una transfiguración que subyace a la captación original del mundo, en una democracia que “trágicamente, fracasa; fracasa por hybris, porque se desconoce así misma, porque no llega ni autolimitarse ni a universalizarse” (Castoriadis, Pág., 336). La democracia es la tragedia que representa en sí misma su propia tragedia.

“Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad de un solo momento:

El momento en que el hombre sabe para siempre quien es”.

Borges, Aleph.

## BIBLIOGRAFÍA

BARTHES, R. “La representación: el teatro griego”. En: *Lo obvio y lo obtuso. Imágenes, gestos, voces*. Barcelona: Paidós, 1986.

NIETZSCHE, F. “El drama musical griego”. En: *El pensamiento trágico de los griegos. Escritos póstumos 1870-1871*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2004.

GENNETTE, G. “Fronteras del relato. *Diégesis y Mimesis*”. En: AA.VV. *Análisis estructural del relato*. México: Ediciones Coyoacán, 2002.

NIETZSCHE, F. “Sócrates y la tragedia” En: *El pensamiento trágico de los griegos. Escritos póstumos 1870-1871*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2004.

ARISTÓTELES. *Poética*. México: Editores Mexicanos Unidos, 2000.

ARISTÓTELES. *Poética*. Edición trilingüe de Valentín García Yebra. Madrid: Editorial Gredos, 1974.

VERNANT, J. P. y VIDAL-NAQUET, P. “El momento histórico de la tragedia en Grecia: algunos condicionamientos sociales y psicológicos”. En: *Mito y tragedia en la Grecia antigua. I*. Barcelona: Paidós, 2002.

VERNANT, J. P. “La tragedia griega: problemas de interpretación”. En: MACKSEY, R. y DONATO, E. *Los lenguajes críticos y las ciencias del hombre. Controversia estructuralista*. Barcelona: Barral Editores, 1972.

GARCÍA GUAL, C. “Destino y libertad del héroe trágico” En: *Historia, novela y tragedia*. Madrid: Alianza Editorial, 2006.

VERNANT, J. P. “Acerca de lo trágico” En: *Entre mito y política I*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.

SÁNCHEZ GIRALDO, S. “La *Poética* de Aristóteles”. En: *De la tragedia griega al drama moderno*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2008.

CORNELIUS CASTORIADIS, *Sujeto y verdad en el mundo histórico-social (Seminarios 1986-1987)- La creación humana I*; Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004.

CORNELIUS CASTORIADIS, *Lo que hace a Grecia -I. De Homero a Heráclito- (Seminarios 1982-1983- La creación humana II*; Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006 [Traducción de Sandra Garzonio]

FERNANDO SAVATER, *la tarea del Héroe*, Ed, Destino, Madrid, 1981.

## JOHN FREDY VÉLEZ DÍAZ



Licenciado en filosofía Universidad de Antioquia.

Decano espejo de la Escuela Ciencias de la Educación, UNAD Zona Occidente.